

Pregón de la Semana Santa de Benavente 2017

25 de marzo de 2017

UNA SEMANA SANTA VIVIDA DESDE EL CORAZÓN

Felicidad Viejo Valverde

Estimado Presidente de la Junta Pro-Semana Santa de Benavente, estimados presidentes y alcaldes caballeros de las distintas Cofradías de nuestra ciudad, autoridades eclesiásticas y civiles, hermanos cofrades, queridas Damas de Luz y de la Soledad, querido público en general.

Quiero comenzar agradeciendo a la Junta Pro-Semana Santa el honor que me ha brindado de dirigirme a ustedes para proclamar el Pregón del año 2017; honor y confianza que espero corresponder desde mi perfil docente en el marco de la Universidad de Valladolid y, sobre todo, en calidad de cristiana y creyente en la fe de Nuestro Señor Jesucristo.

Agradezco también la oportunidad de dirigirme a ustedes desde esta impresionante iglesia, orgullo de todos los benaventanos: Santa María del Azogue o la Mayor, cuyos 5 ábsides situados en la cabecera del templo hacen de ella una construcción incomparable, que junto al Castillo de la Mota y su Torre del Caracol constituyen un importante atractivo para los turistas que nos visitan.

Permítanme también mencionar aquí a su párroco, D. Leovigildo Martín Villar, D. Gildo, importante referente en la vida cristiana de los benaventanos, trabajador infatigable,

protector y defensor de nuestro patrimonio, experto en remover nuestras conciencias y siempre al servicio de las familias que más lo necesitan. Un verdadero ejemplo de entrega a los demás.

Era un día cualquiera, como tantos otros, sumergida en mi tarea de gestión universitaria cuando una llamada telefónica de Paulino, el actual Presidente de la Junta Pro-Semana Santa, interrumpió mi rutina; quería comunicarme la decisión de proponerme como Pregonera de la Semana Santa de Benavente de este año. Confieso que me sentí sorprendida, después abrumada, preocupada e insegura pues no es éste el ámbito en el que estoy acostumbrada a intervenir, pero en el fondo me sentía honrada de que mis paisanos estuvieran interesados en mi testimonio y expresión de fe. Hoy estoy muy orgullosa de poder estar aquí, en su presencia, intentando transmitir lo que para mí significa la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo y espero proclamar un pregón digno de la excelencia de la Semana Santa benaventana.

Una vez tomada la decisión y confirmada mi asistencia, comenzaban mis reflexiones sobre el contenido de este Pregón, ¿qué podía decir una benaventana de “a pie”, desde la infancia educada en la fe católica, que despertara el interés y la reflexión de quienes habéis acudido hoy a este templo?

El papel todavía estaba en blanco, las palabras todavía no habían aflorado, pero en mi interior había algo muy claro: solamente podré anunciar aquello que me dicte el corazón.

No soy teóloga para entrar en un análisis profundo del contenido de la Semana Santa, no soy historiadora para centrar el pregón en el momento en que nació Nuestro Señor Jesucristo, ni soy profesional de arte para poder enmarcar mis palabras desde la belleza y gran valor de nuestras imágenes... Soy una mujer cristiana, como todos ustedes, a la que el Señor ha querido poner hoy aquí ante este micrófono para manifestar su testimonio de fe.

Fue entonces, desde el momento en que identifiqué la faceta personal desde la que les iba a hablar, cuando vi claramente lo que debía y podía transmitir y, a partir de ese instante, las ideas comenzaron a fluir con facilidad.

Voy a contar una historia, mi historia personal de la Semana Santa que ha transcurrido entre periodos de intensa vivencia de la liturgia mezclados con diferentes momentos de cercanía a Cristo desde la manifestación popular que tanto han impulsado las cofradías.

Permítanme que me apoye en el planteamiento de una serie de preguntas cuyas respuestas quiero que nos guíen en nuestra reflexión. La primera de ellas nos lleva a la esencia misma del misterio que se celebra en estos días:

¿Qué significa la Semana Santa para un cristiano?

Si ustedes consultan entre los múltiples documentos que nos explican el sentido de la Semana Santa, verán que la mayoría de ellos coinciden en que

La Semana Santa es el tiempo litúrgico más importante para un cristiano; tiempo dedicado a la oración y reflexión de los misterios de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, hijo de Dios.

Por tanto, estamos ante unos días de mirada hacia el interior destinados a hablar con nosotros mismos (reflexión) y también a hablar con Dios (oración).

Además, nuestros pensamientos deben ir dirigidos al análisis del *sacrificio de Jesús en la Cruz y su posterior triunfo sobre ella, esto es, la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo y cómo puedo yo aplicar en mi vida diaria el ejemplo de Jesús.*

Quizá nuestra formación cristiana personal nos permita ser autosuficientes al dirigir nuestras reflexiones, pero estoy segura de que a muchos de nosotros nos asalta la siguiente cuestión:

¿Cómo puedo guiarme en mi retiro?

¿Estaré preparado para realizar este análisis, sin ayuda?

Hemos de pensar que podemos sentirnos privilegiados ya que tanto los que vivieron con Cristo, como los apóstoles que luego le sucedieron y nuestros predecesores expertos en Liturgia, han trabajado en ello y nos han proporcionado las

pautas a seguir en nuestra oración. Además, se han preocupado por transmitir dichos principios a las diferentes generaciones desde las parroquias a través de los sacerdotes y los catequistas, o desde las familias y desde los colegios religiosos que con tanta profesionalidad nos formaron y forman en las distintas disciplinas y se preocupan también de nuestra formación humana.

Por ello, los cristianos sabemos que las bases de nuestra reflexión, las pautas a seguir y qué líneas tomar, están reflejadas en la Liturgia donde aparecen las normas y principios de toda celebración religiosa. Distintas lecturas obtenidas del Evangelio y oraciones apropiadas a cada momento enfocadas a que el cristiano reflexione e interiorice el mensaje de Jesús.

En mi caso concreto ¿en qué momento de mi vida comenzó mi relación con Cristo? Sin duda el origen está en mi infancia junto a mi familia, con aquellas oraciones que no faltaban ni a la hora de comer ni al acostarse. Pequeñas letanías que me enseñó mi madre y que repetía como un papagayo, pero que inculcaron en mí el gran valor del AGRADECIMIENTO; ser agradecida con todo lo que tengo y las personas que me acompañan. Un reconocimiento a lo que nos rodea y a los que nos sirven de apoyo en los momentos difíciles junto a un sentimiento de humildad que nos presenta pequeños ante las grandezas de Dios.

Pero mi espíritu religioso se desarrolló e intensificó en el colegio. Afortunadamente mis padres eligieron para mí un

colegio religioso y, en mi opinión, el mejor: El colegio San Vicente de Paúl. Las Hermanas que lo regentan, Las Hijas de la Caridad, fueron para mí excelentes formadoras y a las que no solo debo la base de mi formación académica sino también esa otra formación aún más importante: la formación humana y la formación religiosa.

Mi etapa en el Colegio fue una etapa de intensa vivencia de la liturgia. Al inicio de la Cuaresma, el Miércoles de Ceniza, preparábamos dentro del grupo de pastoral la celebración en la que se nos imponía la ceniza. Posteriormente, y siempre impulsadas por las hermanas del colegio con Sor Mercedes al frente y la que no puedo dejar de mencionar por el intenso cariño que siento hacia ella, participábamos en convivencias y encuentros de jóvenes que nos permitían interiorizar que en Cuaresma se viven los cuarenta días de Jesús en el desierto, que Cuaresma es tiempo de perdón y de olvido de todo rencor, odio y envidia. Es tiempo de preparar el corazón.

Por aquel entonces en mi familia la vivencia de la Semana Santa combinaba la presencia en los oficios de la Parroquia con la participación en las procesiones. Mi padre, Jeromo, pertenecía a la Cofradía del Santo Entierro y tenía por costumbre procesionar el Viernes Santo. Pero el “ahogo” que le producía el capuchón le impidió proseguir con esta práctica y fue entonces cuando comenzó en casa un interés especial por continuar la tradición fomentado desde mi hermano Ramón, siempre impulsivo y muy sentimental, que retomó la actividad negándose a retener en casa aquella túnica, símbolo tan especial para mi padre, y su empuje llevaría

detrás la integración de cuñados, hijos y sobrinos, todos con su hábito negro formando una escalera de alturas que posesionaban juntos para orgullo del abuelo. Precisamente hace pocos días lucía orgulloso una foto de los jóvenes de la familia junto al Cristo de los Afligidos, preciosa talla del siglo XIV que posesionaron durante casi 10 años por las calles de Benavente y que celebro sea la imagen que luce en el cartel de la Semana Santa benaventana de este año.

Como han podido apreciar por mis palabras, la Semana Santa ha tenido y tiene un sentimiento especial en mi familia y cada año, a pesar de vivir fuera, seguimos viniendo a Benavente en estas fechas convocados por esta tradición y las importantes vivencias que nos aporta, en estos momentos muy ligadas a la expresión popular en el ámbito de la fe cristiana que, como describe Juan Pablo II en el DIRECTORIO SOBRE LA PIEDAD POPULAR Y LA LITURGIA de 2002, *“no se contrapone a la centralidad de la Sagrada Liturgia sino que se complementa favoreciendo la fe del pueblo que la considera como propia”*.

Y es que, es la rica liturgia de estos días la que constituye el cimiento de la ciencia espiritual que se exterioriza en las procesiones, signos de fe y manifestaciones de religiosidad. Y gracias a estas manifestaciones populares se ofrece a todo el que quiera aceptarlo, la oportunidad de hacer suyo este mensaje y la posibilidad de que, además de esta expresión que sucede una vez al año, pueda despertar a una práctica religiosa habitual que reconforte su esencia personal y dé sentido a su vida.

La piedad popular pone de manifiesto que la fe se arraiga en los corazones de los diversos pueblos, para entrar en el mundo de la vida cotidiana. Efectivamente, la Semana Santa puede hacer que al menos una vez al año, los más rácanos en el tiempo para con Dios, a través de un Jesús atado a la columna o una Virgen llorando por su hijo, mantengan un diálogo de miradas que pueden llegar a acercar a las parroquias a una persona que por diversas circunstancias se ha alejado de la práctica de sus creencias. Y es que, hermanos, las procesiones también cumplen esa labor catequética, de oración y reflexión a las que hacía referencia al comienzo de este pregón.

Efectivamente, nuestras procesiones cumplen una LABOR CATEQUÉTICA que nos ayuda a conocer el mensaje de Jesucristo contenido en los Evangelios a través de la iconografía plasmada en los pasos:

Pensad, por ejemplo, en la entrada triunfal de Cristo a Jerusalén representada con el paso de Jesús en la Borriquilla en la Procesión de las Palmas que tiene lugar el Domingo de Ramos. Se nos muestra a Jesucristo, que es Dios, con un borriquillo como trono, signo de humildad frente a esos momentos en que nosotros nos mostramos vanidosos queriendo figurar y llamar la atención sobre los demás. Una humildad que se nos vuelve a recordar el Jueves Santo, día del Amor Fraternal, cuando en las parroquias se lee el Evangelio de San Juan que relata el momento en que Jesús decide lavarle los pies a sus discípulos ofreciendo el

testimonio de la vocación al servicio de los demás que tenemos nosotros los fieles.

También podemos percibir esa catequesis en la imagen de la Verónica, esa mujer rechazada por el pueblo y aceptada por Jesús, con expresión de ternura y a la vez de compasión con una tristeza contenida ante lo que acaba de suceder. Esa mujer que durante el Viacrucis tendió a Cristo un velo para que se enjuagara el sudor y la sangre quedando en él impreso el rostro, la Santa Faz, que muestra entre sus manos y que se luce en la procesión del Viernes Santo desfilando por las calles de nuestra ciudad.

No podemos olvidar tampoco el impacto que produce en los corazones de los benaventanos el paso del Yacente, ese Cristo que ya ha sido crucificado y bajado de la Cruz y aparece desnudo, cubierto únicamente con el paño de pureza, sobre el sudario; yacente como si estuviera en una capilla ardiente. Esa impresionante talla que llena de sentimiento nuestros corazones cuando pasa a nuestro lado y a la que acompaña el silencio de la noche, el profundo silencio que se rompe con el canto del Miserere expresando el dolor ante la muerte de Nuestro Señor.

Esa muerte que exteriorizan los cofrades de la Cofradía del Santo Entierro con sus negras túnicas desfilando en la Magna procesión del mismo nombre; una muerte que lidera la noche del Viernes Santo bajo el Pendón que abre la procesión y en el que se muestra a Jesús en la Cruz dirigiendo nuestros pasos, tal y como sucede a lo largo de nuestra vida. Una Cruz

que crece hacia el cielo mostrando la grandeza del crucificado y solamente desplazada del centro para dejarnos ver, como su propio reflejo o como su sombra, las siete angustias de esa madre que acompaña a su hijo rota por el dolor.

Porque, los benaventanos tenemos una devoción especial por María, la Madre de Jesús y elevamos con fervor nuestras miradas a las tallas que la representan buscando en ella consejo, apoyo y amparo. Estoy pensando, por ejemplo, en el profundo recogimiento que nos produce la imagen de Nuestra Señora reflejada en el paso de la Piedad que acompaña a este Yacente, nos acerca una terrible muestra de dolor de una madre destrozada que sostiene entre sus brazos la cabeza de su hijo ya sin vida. Una escena desgarradora que como madre me cuesta imaginar y que me emociona intensamente cuando la veo pasar acompañada bajo los compases del Stabat Mater que año tras año interpreta con excelencia nuestra Coral Benaventana.

Por otro lado, queridos hermanos, creo que las procesiones nos ofrecen la oportunidad de grandes momentos de REFLEXIÓN impresionados por aquellos pasos que recuerdan algunos de los pasajes fundamentales de la Pasión de Cristo.

Y me refiero, por ejemplo, a esos momentos de meditación que nos acompañan viendo pasar la procesión del Silencio que, el Miércoles Santo, sale de la parroquia de la Virgen del Carmen desfilando el paso del Cristo de la Salud acompañado por los hermanos cofrades de la Cofradía del Silencio. Absoluto silencio que invita a la oración y recogimiento. Una

visión al interior para meditar sobre el evangelio de San Mateo que refleja el momento en que Judas traiciona a Jesús. La iglesia recuerda este fragmento para que nos hagamos cargo de que todos podemos comportarnos como Judas. Para que pidamos al Señor que, de nuestra parte, no haya traiciones, ni alejamientos, ni abandonos.

Es también un especial momento para la reflexión la Procesión de las Tinieblas que tiene lugar el Martes Santo, cuando la Cofradía de la Santa Vera Cruz y la Real Cofradía del Santo Entierro acompañan desde la Ermita de la Soledad a los pasos de la Verónica, Jesús con la Cruz a cuestas y el Cristo Yacente, y las Damas de Luz y de la Soledad alumbran a Nuestra Señora de las Angustias, ataviada con su negro manto bajo un dosel de doradas barras, y a Nuestra Señora de la Soledad orando ante la cruz.

Los cofrades quieren acercar los pasos a las parroquias y con este fin han conseguido llamarnos a la reflexión desde la vivencia en las calles, con una procesión que la orografía del terreno hace impresionante ya que el trazado en cuesta de la calle permite tanto al asistente como al participante en la procesión, una visión completa de la historia que describe la secuencia de los pasos. Es buen momento para mirar en nuestros corazones y meditar sobre el evangelio de este día en el que se anuncia que los Apóstoles dejarían solo a Cristo durante la Pasión y cuando Simón Pedro que, lleno de presunción, afirmaba:

yo daré mi vida por ti,

el Señor le responde:

¿tú darás tu vida por mí? Yo te aseguro que no cantará el gallo, antes de que me hayas negado tres veces.

Este pasaje de la Biblia nos permite recordar que también nosotros podemos encontrarnos con la negativa de quienes consideramos nuestros discípulos, aquellos de los que esperábamos apoyo y nos han dado la espalda, sintiendo esa amarga soledad del que ha sido abandonado. Y ante esto, hermanos, reflexionemos sobre nuestra postura ante Cristo, ¿cómo es nuestra fe?, ¿estamos dando la cara por Dios o escondemos nuestra condición de cristiano ante la mínima adversidad?

Juan Pablo II afirmó que *“en el centro de este misterio, en lo más vivo de este asombro de la fe, se halla María”*. De nuevo, María con su ejemplo mostrándonos que con su fe ha hecho posible la obra de la Redención. De nuevo, María nos acompaña reflejada en las imágenes que se lucen en las calles. Y permítanme que haga una mención especial a una de estas tallas de gran importancia para mi familia que, además de profesarla gran devoción, contamos con el privilegio de que algunos de los miembros varones la porten en sus hombros con orgullo el Martes y el Jueves Santo.

Se trata de una Virgen enlutada que, con sumo gesto de dolor en su rostro y apretando las manos junto al pecho en señal de súplica, ora ante una cruz desnuda en la que ha visto sufrir a su hijo. Creo que ya sabrán a qué paso me refiero: la Virgen de la Soledad. Esa Virgen que da nombre al barrio en el que me crie, que da nombre a la Ermita en la que se aloja y hacia

la que en casa había tanta devoción que sirvió de inspiración a mi madre para el nombre de su primera hija, mi hermana Sole. Ante la soledad de María frente a la cruz que ha provocado su dolor y resaltando sobre ese manto negro que cubre esta talla, un gran corazón bordado en oro destaca como único signo de esperanza que nos sirve para reflexionar en que María también pasó por momentos difíciles y sólo ese amor tan grande por su hijo y por la humanidad, la permitió seguir adelante. María es nuestro refugio y consuelo, nuestro ejemplo a seguir.

Junto a esa función catequética y de reflexión que nos aportan las procesiones quiero añadir un último aspecto que ha llegado tras la reconfiguración de nuestra Semana Santa: las procesiones también nos llaman a la ORACIÓN.

Esa oración que se nos muestra en el paso de “la Oración en el Huerto” durante la procesión de la Santa Vera Cruz que tiene lugar el Jueves Santo. Esa bella escena del momento en que Jesús protegido por un ángel, eleva arrodillado su plegaria al Dios Padre. Momento de recogimiento reflejado en los cofrades y las damas que, tras celebrar en las parroquias la última cena y dejado expuesto el Santísimo para ser velado, salen a la calle después de adorar la Cruz.

Oración que tiene lugar frente al Hospital de la Piedad cuando se recoge la procesión del Jueves Santo y que, junto al canto de la Salve eleva a Dios una petición sincera recordando a los enfermos de la ciudad.

Y oración el Viernes Santo en la procesión del Encuentro en la que desde primeras horas de la mañana, los fieles benaventanos acompañan a los hermanos de la Cofradía de Jesús Nazareno que portan las imágenes de Jesús Nazareno y su madre, Nuestra Señora de los Dolores, “La Dolorosa”.

Es el rezo del Viacrucis por las calles; esas catorce cruces colocadas en los balcones ante las que nuestras tallas se detienen para que los fieles escuchemos cada uno de los pasajes evangélicos que nos narran los pasos que dio Jesús en su camino al Calvario. En principio son dos procesiones simultáneas: la que acompaña a Jesús Nazareno portando la Cruz y la que acompaña a la Dolorosa. Los devotos nos inclinamos por la Virgen o el Cristo seguidos por ese fervor o pasión que llevamos dentro. Pero pronto y tras la llegada a la Plaza Mayor tienen lugar ese momento único que sólo los benaventanos podemos sentir: la ceremonia de Encuentro entre Madre e Hijo y posterior Venia en la que María se inclina por tres veces ante Jesús, porque además de al Hijo ha reconocido la imagen de Cristo, el Señor. Un momento único y muy especial que conmueve nuestros corazones en esas frías mañanas de Viernes Santo. Comienza ahora una procesión conjunta que continúa en su recorrido de oración hasta la llegada junto a la Iglesia de Santa María donde tiene lugar el canto de la Salve, momento culminante en el que aflora el más profundo sentimiento de los asistentes.

Pero no podemos ni debemos quedarnos únicamente en la referencia de estos símbolos a la Pasión y Muerte. La Semana

Santa celebra también la Resurrección de Jesús: Cristo ha resucitado de entre los muertos, con su muerte ha vencido a la muerte. Y a los muertos ha dado la vida. Una vida que celebramos los benaventanos con emoción durante ese momento estelar que vivimos en la Plaza Mayor en la procesión del Domingo de Resurrección.

Una vez más, María como ejemplo en la catequesis de ese día. Una virgen enlutada, destrozada por la pérdida de su hijo, nos hace sentir la esperanza y la alegría de la Resurrección en ese momento de gracia en que se le cae el manto descubriendo la pureza de su túnica blanca. Una vez más el momento del Encuentro como distintivo de las procesiones de nuestra ciudad. El paso del negro al blanco, de la oscuridad a la luz, del hombre viejo al hombre nuevo que aporta esperanza en el duro camino en la vida de cada uno de nosotros. Un cambio que celebramos con júbilo cuando resuenan cornetas y tambores y el cielo se cubre de palomas blancas anunciando la Gloria de la Resurrección.

Por todo ello y para concluir este Pregón hago un llamamiento a que se conserven la pureza de las tradiciones y devociones recibidas de nuestros mayores; proclamando la vida de los que les precedieron en los gestos, en las oraciones y en los modos con los que se dirigen a Dios. Y hago un llamamiento y traslado todo mi apoyo por el reconocimiento de las procesiones de Benavente de interés turístico regional. Creo que está suficientemente probada la originalidad, tradición, valor cultural, antigüedad y atracción de visitantes que suscitan nuestras procesiones.

Quiero finalizar, agradeciendo a los hermanos cofrades y a las damas, su infatigable trabajo que año tras año permite mantener viva esta tradición que queremos conservar y de la que estamos orgullosos.

Permítanme de nuevo en este apartado mencionar a mi familia. Mi cuñado, José M^a Esguevillas conocido por todos vosotros por su gran implicación en la vida social de la ciudad, que desde principios de la década de los 90 ha trabajado con tesón, orgullo y dedicación por hacer de la Semana Santa de Benavente, un referente entre las Pasiones Castellanas.

Mi hermano Ramón que, a pesar de la distancia, sigue manteniendo su corazón en esta ciudad. Con pasión y muchas horas de trabajo, mantiene viva la página web que da proyección de nuestra Semana Santa en todo el mundo.

A mi hermana Sole, impulsora e incansable trabajadora por la cofradía de las Damas de Luz y de la Soledad; siempre con las capas, farolillos, medallas y velas a punto para que las chicas de la familia procesionen orgullosas acompañando a la Virgen de la Soledad.

Y a mi cuñada Maribel con esa devoción ejemplar a la Semana Santa benaventana que contagiada por el ambiente familiar ha aceptado sin dudar, desde un papel más discreto pero siempre presente y participativa, este fervor que nos une.

A mis hijos y sobrinos que vuelven a Benavente emocionados en Semana Santa motivados por ese profundo sentimiento que les hemos sabido transmitir.

Debería mencionar también a otros muchos amigos aquí presentes que trabajan duro por mantener con devoción sincera esta costumbre centenaria, aunque me limitaré a elevar un agradecimiento conjunto para evitar que alguno se moleste por no ser nombrado.

Proclamo mi alegría y transmito mi agradecimiento y el agradecimiento de todos los presentes, a la Junta Pro Semana Santa y a nuestros párrocos, por animar la vida espiritual de esta Semana Santa, y a las autoridades municipales pues, desde el respeto a las ideologías y creencias diversas, han contemplado en la Semana Santa la manera más adecuada de expresión de un pueblo, interpretando el sentir mayoritario de los ciudadanos a los que sirven.

Agradecerles también a todos ustedes su presencia hoy aquí y confío haber sido capaz de transmitirles mi gran pasión por la Semana Santa benaventana.

Y finalizo con unas palabras de Santa Teresa de Jesús, que creo nos pueden servir de ayuda en estos días de pasión ya que acostumbrada a sufrir en cuerpo y alma, no cedía jamás en lo que se proponía y en los momentos difíciles siempre aconsejaba: “mirad al crucificado”.

Santa Teresa nos describe de esta forma tan bella la pasión de Cristo:

“Si estáis con sufrimientos o tristes, miradle camino del huerto; ¡qué aflicción tan grande llevaba en su alma! Miradle cargado con la cruz, que ni siquiera le dejaban respirar. Y él os mirará con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores para consolar los vuestros, solamente porque vais a consolaros con él y porque volvéis la cabeza para mirarle” (C 26,5).

Les deseo que nuestra Semana Santa, vivida en las iglesias, en la calle o en el interior de cada uno, reúna los elementos necesarios para que la reflexión que podamos hacer sobre la realidad de hoy, nos conduzca a un mundo mejor.

Que así sea.

Muchas gracias